

Microrrelatos: Los amantes

José Luis Rodríguez García



R ecorrían el paseo que va desde la Torre del Gerró hasta Denia una y otra vez, día y noche, cantando ella arias de Donizzeti mientras su amante oteaba el horizonte cortado por las velas de los balandros o, en las tardes exaltadas de noviembre, por los relámpagos silenciosos. Todo el mundo sabía que el hombre, de pelo encanecido, estaba sordo y que ella, siempre ataviada con tules estampados, había estado ingresada en su psiquiátrico allá por los años cincuenta. Pero todos aplaudían su canción cansada y el empeño ausente del anciano. La pareja tiene en su arcón adornado de falsos marfiles un cargamento de láudano capaz de matar a todos los bisontes que abreven en las orillas del Missouri.

Microrrelatos: Más allá



A la gente le horroriza escuchar las conversaciones de los muertos. No sé por qué. A mí me agradan los diálogos felices con los helados amigos que rozan mi mano y me piden un cigarrillo, que me suplican con los ojos cerrados que les mande una postal desde Ámsterdam o Zaragoza.

Microrrelatos: Pasado mañana



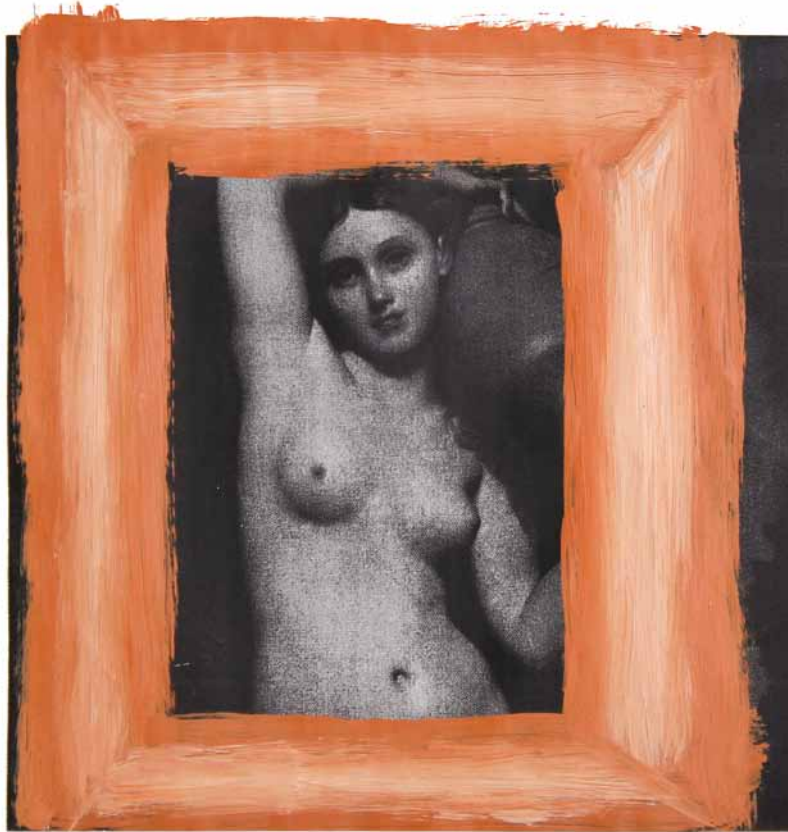
Cuentan que la niña de ojos azules vendía su olorosa ropa interior a los ciegos para comprar gominolas y cocaína. Cuentan en los arrabales donde anidan las gaviotas enfermas y son furiosas en mayo las tormentas de arena que ahora vive feliz en el pudridero de las afueras.

Microrrelatos: Penúltimo invierno



Se había enriquecido en la tómbola donde el único premio para los jugadores eran fotografías de niños desnudos. La lava dificultaba los viajes del carromato, pero él llegaba milagrosamente a los lugares más inhóspitos, allá donde se exhiben en las tiendas de antigüedades retratos de supuestos actores que a lo mejor jamás interpretaron un film o una comedia y juguetes de madera. Sabe que la ruina está próxima porque ya sólo conserva una fotografía, nadie sabe manejar una kodak y todos los niños huyen a esconderse en los cientos de buques varados en el sur.

Microrrelatos: El ángel ciego



Le bautizaron como Sergio o Siervo. Esto nunca le ha importado. Se pasa horas y horas contemplando al niño de los señores al que le gusta arrojar al lago monedas de oro. Acaricia y lava día tras día una pistola de plástico que le regaló un ángel sin ojos.